Reverendísimo Gregory H. Rickel

Apropiado 22, Año A

Éxodo 20:1-4, 7-9, 12-20; Salmo 19; Filipenses 3:4b-14; Mateo 21:33-46

4 de octubre de 2020

Iglesia de Cristo, Anacortes

Bien, elegí este domingo para predicar por la diócesis, por aquellos que así lo desean, porque es un domingo ideal y tenía que predicar de todos modos, por la Iglesia de Cristo en Anacortes —por lo cual estoy muy agradecido— y también porque quería hablar sobre “administración”. Este es un buen momento para hacerlo y, finalmente, porque quería dar a nuestros fabulosos predicadores de la diócesis un día libre si así lo deseaban. Fue hasta después que me di cuenta de que, el día de hoy, muchos de ustedes celebrarán el día de San Francisco de Asís, y quizá la bendición de mascotas, así que aprovecho para agradecérselos. Creo que San Francisco aprobaría mi premisa; probablemente, la llevó a la práctica mucho mejor que cualquiera, y tenía mucho qué decir al respecto. Con suerte, quienes celebren la fecha el día de hoy sacarán algo bueno de ello. Ciertamente, ese antiguo refrán del

presidente Truman sobre Washington DC, “si desean tener un amigo en Washington, consíganse un perro”, es muy cierto en muchos aspectos de la vida: “si desean tener un amigo verdadero e incondicional en este mundo, consíganse una mascota”. Así, al igual que muchos de ustedes, honramos a las mascotas, a los animales y a la creación misma.

Y, para honrar aún más a San Francisco, les contaré una historia acerca de él, que a muchos he contado ya. He visitado Asís varias veces. Me encanta ir ahí. En la enorme Basílica dedicada a él, allá en el valle, en la parte baja de Asís, justo en el medio, se encuentra la Porciúncula, la pequeña capilla, diminuta, que se dice que era la preferida de San Francisco, así como el lugar donde murió, a unos cuantos metros de sus muros. Antes de ir por primera vez, leí un libro que narraba que un profesor de historia llevó allí a sus alumnos y, ya dentro de la inmensa Basílica, que se alzaba sobre esta diminuta capilla, el profesor empezó a explicar la diferencia entre cristiandad y cristianismo. Al final de su discurso, que regresaba una y otra vez al tema de la cristiandad —básicamente lo que los humanos tendemos a hacer a la iglesia— y el cristianismo, el movimiento en sí, iniciado por Dios y Jesús, señaló hacia el enorme techo abovedado y dijo: “Eso es cristiandad” y luego señaló la Porciúncula, la pequeña capilla, y dijo: “Pero eso es cristianismo”. La piel, el corazón. GK Chesterton resumió esto diciendo: “No es que el cristianismo sea tan malo, es solo que nadie lo ha puesto en práctica aún”. Vale la pena reflexionar sobre eso.

Hace algunos años, uno de los presidentes de este país —y en verdad me refiero a otro presidente, no a nuestro presidente actual— declaró abiertamente que esta nación, nuestra sociedad, era una “sociedad de propietarios”. Recuerdo que, cuando escuché eso por primera vez, sentí cierto sobresalto y me quedé ahí absorto, preguntándome por qué. ¿Por qué me afectó tanto? Una sociedad de propietarios.

Mucho de lo que afirmó realmente es cierto; somos una sociedad de propietarios; gran parte de nuestro valor como personas, en nuestra sociedad, gira en torno a lo que tenemos, a nuestras posesiones, y se juzga por eso. No digo que eso sea algo bueno; de hecho, este sermón pretende que rechacen esa idea y, además, no intentaré persuadirlos de que una sociedad de propietarios es buena o mala, sino que, en realidad, nosotros no lo somos. No está en nosotros. Y, con eso, quiero decir que no es de cristianos.

Jesús, seguro, si no es que también el cristianismo, no es una sociedad, ni un reino, ni un movimiento de propietarios. De hecho, en todo caso, el cristianismo es totalmente lo opuesto. Por eso es que Jesús habló sobre el dinero, nuestras posesiones mundanas, la idea de poseer cualquier cosa, como algo cuestionable, y como un gran problema para nosotros, un gran problema en el sentido de que nada podría interponerse en nuestra relación con Dios más que nuestra posesión de cualquier cosa. Habla sobre esto directamente más de 60 veces en los evangelios, y se piensa que es el tema que más aborda, salvar al amor en sí. Me parece que, lo que sabía muy bien, es lo que dijo realmente en una de esas ocasiones: que es imposible ser

totalmente fieles a nuestras riquezas, nuestras posesiones y a Dios. Que no se puede servir plenamente a Dios y ser fieles a nuestras posesiones. Es una cosa o la otra.

Una y otra vez, de muchas maneras diferentes, argumenta esto. Y hoy, en este evangelio, lo vuelve a hacer. Y, esta vez, muy directamente. Un terrateniente, que en esta parábola es definitivamente Dios, arrienda su tierra a una persona, quien a su vez parece olvidar —o no le importa— el hecho de que la tierra que ocupa no es de él, no es de su propiedad; es propiedad de alguien más, y él está ahí para beneficiarse de ella, para cuidar la tierra y sacar provecho de la misma pero, al hacerlo, siempre debe estar consciente de que no es suya y, en su lugar, se le invita a ser su administrador. Este ocupante no solo ha olvidado eso, sino que también ha adoptado la enorme y emocionalmente poco inteligente idea de que puede tomar la tierra, hacerla suya y convertirse en su propietario.

El punto es que el Reino de Dios no es, ni remotamente, una sociedad de propietarios, no lo es para nada. El Reino del que habla Jesús en esta parábola, y en muchas otras historias que utiliza, es exactamente lo contrario. Al comprometernos a seguirlo, así como invitó a los

discípulos, nos invita a dejar todo atrás, a renunciar a todo y a seguirlo. Renunciar a todo. Jesús llegó y ratificó lo que había sido una ley judía durante siglos: era obligatorio dar el diezmo, es decir, 10% de las riquezas, de todas las ganancias de todo tipo, a la comunidad de los fieles. Y él lo respaldó. Esa misma ley y práctica judía incluía la idea de que solo se consideraba verdadera caridad —lo que se conocía como “dádiva”— lo que se ofreciera a partir de ese 10%. En otras palabras, el diezmo, 10%, era algo que se esperaba... como un requisito. Incluso, actualmente, algunas sinagogas solicitan que sus adeptos proporcionen su declaración de impuestos para establecer el diezmo que esperan de ellos. Se consideraba dádiva, verdadera caridad, a partir de ese diezmo. Así que, como ven, a ustedes se las dejamos fácil si el diezmo es el único tema del que hablamos. Y no sé de ninguna iglesia que les solicite sus declaraciones de impuestos, aunque nuestra poca disposición a hablar sobre esos asuntos es tema de un sermón para otro día.

Pero, luego, llega Jesús. Y, en esta parábola, él es el hijo, enviado, con el terrateniente, Dios, creyendo que, si enviara a su verdadero hijo, lo respetarán más y el ocupante lo escuchará. Entienden cómo esto encaja aquí. Vimos cómo salieron las cosas cuando Jesús llegó en realidad. Dios nos pide que también escuchemos a Jesús. ¿Y qué dice Jesús acerca de todo esto? Bueno, él ratifica lo que acabo de decir, pero, básicamente dice una y otra vez, directamente, y en la parábola, que 10% no es suficiente. Lo que Jesús sabía era esto: para que esto en verdad tuviera un efecto, y podríamos decir, incluso, para que esto en verdad “infectara” su alma, deben renunciar a todo, a todo. No pueden apegarse a sus pertenencias como su prioridad y también tener a Dios, seguir a Dios, también como prioridad. Primero, deben renunciar a todo. ¿Cómo hacemos eso en esta generación? Por supuesto, no pueden simplemente empacar todas sus cosas, ponerlas en un rincón, deshacerse de las llaves de su casa y de su automóvil o lo que sea y marcharse. Bueno, supongo que podrían, pero estarían perdidos, aquí, y definitivamente necesitarían mucha ayuda. No es lo que se está pidiendo literalmente.

NO. La economía mundial, la forma en que se mueve el mundo, la sociedad de propietarios en la que vivimos es muy real. En verdad existe. Sencillamente, para nosotros, los cristianos, es el mundo en que vivimos, pero ya no es nuestro mundo. Así de enorme es el cambio que Jesús nos pide hacer. 100%. Esos son los votos que hacemos los cristianos cuando aceptamos este manto y esta manera de vivir.

Así, no tenemos que ceder las escrituras de nuestras casas, renunciar a todo, pero sí debemos tener presente en nuestras mentes, corazones, vida y comportamiento que nada de esto es nuestro. Ya no creemos en la sociedad de propietarios. En su lugar, vivimos en una sociedad de administradores y solo somos administradores. Administrar, en este sentido, significa cuidar todo lo que está en nuestras manos sabiendo que no es nuestro; no somos dueños de nada; algún día, sea lo que sea, cambiará de manos. Básicamente, al convertirnos en cristianos, aceptamos que, en esta parábola, nosotros somos los ocupantes. Estamos ahí para trabajar la tierra, para cuidarla, para entregarla mejor de lo que la encontramos, pero haciendo consciencia de que no es nuestra.

Como suelo decir en los talleres que imparto sobre este tema: “Las carrozas fúnebres no tienen lugar para equipaje”. Coincide con la antigua y conocida frase: “No puedes llevarlo contigo”. Eso es totalmente cierto, y nunca nadie ha pasado a mejor vida llevándose cosas de este mundo, y nadie lo hará. Cristo nos insta a vivir una vida de administradores, que es la vida de la eternidad anticipada. En otras palabras, aquí y ahora, estamos practicando para la eternidad. Eso es ser cristiano.

Un antiguo sermón rural habla de un granjero, quien después de escuchar un sermón parecido al que intento predicar hoy, invitó al predicador a su granja de 1,000 acres, y lo llevó a un sitio alto, y dijo: “Mire predicador, observe tan lejos como alcance su vista; estas tierras son de mi familia desde que tengo memoria, así que le pregunto: ¿en verdad puede decir que no soy dueño de ellas? El predicador lo miró y dijo: pregúntamelo en 100 años o 1,000, o en la eternidad. Ningún papel, ninguna historia, ningún humano te hará alguna vez el dueño cuando ya no estés aquí”.

Los cristianos, o muchos de nosotros, seguimos usando el diezmo como punto de referencia. Yo soy uno de ellos. Actualmente, mi esposa y yo damos aproximadamente 1% de nuestros ingresos cada año. Siempre nos aseguramos de que 10% se vaya directamente a la iglesia; actualmente, damos 12% y el resto, 4%, lo destinamos a causas en las que creemos. Siempre nos esforzamos por dar más porque sabemos y creemos que la otra parte, 84%, tampoco es nuestra: nosotros solo somos los administradores.

Francamente, esa manera de vivir me ha parecido bondadosa, liberadora y leal. Espero

que ustedes también encuentren júbilo y liberación en ello.

Hermanos míos, seguidores de Jesucristo, ya no somos propietarios, sino administradores. Espero que puedan conocer la libertad y el don de esa verdad.

Amados hermanos, he expresado estas palabras en el nombre del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo. Amén.